

LOS OSOS POLARES Y LA PASTA DE DIENTES

Frediano

misión / 01



ANAYA



vuelo / 01

*A mi pequeña Margherita
y a su maravillosa mamá.*

Título original: *Il formichiere pilota e il dentrificio degli orsi*

1.ª edición: abril 2012

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 2010

© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2012

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta e interiores de Ilaria Falorsi

ISBN: 978-84-678-2923-5

Depósito legal: M. 6691/2012

Impreso en España — *Printed in Spain*

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Para los osos pardos que trabajaban en las minas de hierro de Almería, la comida de otoño se había convertido en una cita obligada. El tercer viernes de octubre de cada año, el turno de trabajo acababa a las doce del mediodía para que nadie se perdiera el gran banquete que se celebraba en el prado.

También aquel año, la hipopótama **Olga**, cocinera del *Dakota*, había preparado un menú de relamerse los bigotes, cosa que sabían hacer muy bien los osos pardos: albóndigas de pescado con relleno de fresa, espaguetis con almejas bañadas en mantequilla de cacahuete, salmón estofado en grasa de foca con guarnición de tamarindos... Y, para acabar, un buen helado de atún con virutas de chocolate fundido.

Estaban todos celebrando su fiesta alegremente, entre bromas y jarras espumosas de cerveza de miel, cuando, de repente y a lo lejos, oyeron dos fuertes explosiones: ¡BUM! ¡PUM! Y vieron en el puerto una nube de negro humo que se elevaba hacia el cielo.







El **Piloto Hormiguero** se despertó sobresaltado por el ruido, se cayó de la hamaca en la que estaba durmiendo y se aplastó la trompa contra el suelo.

—¡Ay, qué golpazo! Menos mal que no tengo dientes, porque no me habría quedado ni uno. Pero ¿qué ha sido eso?

—le preguntó al canguro **Bautista**, que lo estaba ayudando a levantarse.

—No lo sé, comandante —respondió

Bautista—. Los osos mineros van corriendo hacia el puerto. Si queremos descubrir el motivo de las explosiones, tal vez debamos seguirlos. El señor **Olegario** y la señorita **Neli** ya corren hacia allá.

—De acuerdo, **Bautista**, vamos nosotros también —dijo el **Piloto Hormiguero**, todavía dolorido—. Tú, **Valentinov**, quédate de guardia para cuidar la nave.

—¡Recibido, comandante! Quédese tranquilo, que nadie se atreverá a acercarse mientras yo esté aquí —respondió el halcón peregrino en posición de firmes, acercándose la punta del ala derecha a la sien para saludar.

Cuando llegó, el **Piloto Hormiguero** encontró un barco amarrado en el puerto. Como si fueran pipas de fumar, las escotillas expulsaban de modo intermitente pequeñas nubes de humo negro.



La gata **Neli** caminaba por la proa en perfecto equilibrio. Al ver al comandante, bordeó la nave a toda prisa y, de un salto, se posó en el muelle.

—¡Qué horror, comandante! Se trata del barco que aprovisiona al pueblo de los osos pardos. ¡Ha estallado la sala de máquinas! Afortunadamente, el barco no se ha incendiado, y a **Gastón**, el marinero, no le ha pasado nada. **Olegario** ha entrado a echar un vistazo.

En ese instante, la enorme cara del mecánico **Olegario**, que era un orangután, se asomó por una portezuela. Al ver a todos los osos mineros mirándolo fijamente, **Olegario** esbozó una amplia sonrisa. Vio que era el centro de atención, y se sintió importante. Con su manaza se ajustó la gorra de béisbol amarilla, girando hacia atrás la visera, y con sus andares de mono se acercó a **Neli** y al **Piloto Hormiguero**:

—Comandante, ¡no había visto nunca una catástrofe como esta! —dijo rascándose la espalda—. La sala de máquinas ha explotado como si fuera una palomita de maíz. ¡Hará falta por lo menos un mes para reparar el barco!

—¿Un mes? ¡Imposible! ¿Cómo vamos a esperar un mes? Tenemos que llevarles la pasta de dientes a nuestros primos los osos polares —repuso muy preocupado el marinero **Gastón**, señalando con la zarpa un montón de cajas de madera que estaban apiladas en un rincón del muelle.

Neli y el **Piloto Hormiguero** se miraron perplejos, preguntándose: «¿Osos? ¿Pasta de dientes?».



—Veréis —explicó **Gastón**—, nuestros primos los osos polares tienen que lavarse muy bien los dientes antes de su hibernación, y necesitan muchísima pasta de dientes. Todos los años nosotros se la llevamos en barco. ¡Son miles de tubos! Y si no salimos antes de veinticuatro horas, no llegaremos antes de que se vayan a dormir.



—Bueno, si ese es el problema —dijo el **Piloto Hormiguero** abriendo las patas superiores—, les llevaremos la pasta de dientes nosotros. ¡**Neli**, que alguien te indique en el plano el punto exacto de destino! ¡No hay tiempo que perder!